

Sí, de seguro podría hacerse una curiosa pintura de la gente aristócrata, que tanto lugar ocupa todavía en una sociedad que se da aires de demócrata, y comprendo que los escritores psicólogos de nuestra época estén á la vez tentados por el asunto y afligidos por no poderlo tratar como quisieran. En efecto, es indefinible el encanto, muy real, que ejercen las verdaderas personas del mundo. Esas personas de fiero egoísmo, y que no se interesan absolutamente sino á favor suyo, son los únicos que os hacen comprender verdaderamente lo que es la sociabilidad y el atractivo que pudieron tener los salones de antaño. Preséntanse siempre libres de todo cuidado, de agradable acogida, perfectamente cómodos; todo su ser expresa una sola idea: la satisfacción de recibir á los que están en su casa.

Jamás tendrán esto las persomas inteligentes; podrán ser amables, atentas, solícitas, pero nunca llegarán á esta especie de abandono tranquilo, de serenidad benéfica, que cambia, por algunas horas, el mismo ritmo de la vida contemporánea.

En esto vería yo francamente una especie de lucha entre el Personalismo y el Egoísmo. El Personalismo de todos los modernos, políticos, escritores ó artistas es una preocupacion del *yo*, sin duda, pero en las relaciones de este *yo* con el movimiento general, inquietud del eco que tendrán vuestras obras ó vuestras ideas, vibracion tambien, en vuestro ánimo, de todos los acontecimientos que interesan á Francia ó Europa, de un discurso de Bismark, de una injusticia, de un hecho cualquiera que nos conmueve. El Egoísmo de las personas del mundo es una indiferencia risueña para todos, una plenitud de satisfaccion de su *yo*, tal cual es, tomado en sí mismo.

Quédase uno asombrado al dejar estos huéspedes; no os han adulado groseramente, ni os han discutido amarga-

mente; no han soltado la menor necedad á propósito de las cuestiones que les son enteramente profanas; os ha parecido, al escucharles, que vivian absolutamente en igual orden de ideas que vuestros compañeros; solo están más á su satisfaccion y no sentís la especie de fatiga que experimentais al salir de una sociedad exclusivamente intelectual.

Algunos, como Caro, encuentran esto delicioso y vuelven á ello como el oso al árbol donde encontró miel: se acostumbran á aquella atmósfera, respiran allí voluptuosamente, diciéndose: «¡Soy del mundo! ¡Cómo se le calumnia!»

Y le traen tesoros para recompensarle por el reducido sitio que se digna concederles, como el pobre primo Pons que traía abanicos inapreciables, abanicos de reina á la presidente Camuzot de Marville, en cambio de una invitacion á comer. Luego, el mejor día, oyen las duras é insolentes palabras que oyó Pons detrás de una puerta. Inclineda en el pasamano, arriba de su escalera, al pié de la cual espera el criado, una gran señora le grita como á Caro: «¡Buenas noches, animal!» Vuélvense, con aquella palabra á los oídos, á sus habitaciones de la calle Gay-Lussac y no obstante todos los cuidados de amigos verdaderos, mueren como Pons y como Caro, de su desilusion, sintiendo que les falta algo, soñando en el mundo que les ha muerto, murmurando: «¡Era tan lindo así como así!»

Puédese decir de las personas del mundo lo que un domador de uno de sus tigres: «Veinte años há que vivo con este animal, y todavía no se me ha acostumbrado.» El verdadero mundano será tan amable para vosotros la primera vez que os reciba como si os frecuentara desde veinte años atrás, y, al cabo de los veinte años, le seréis tan indiferente como si os viera por la primera vez.

No creais que se trate de una cuestion de casta ó de nacimiento: el mundo es tambien despiadadamente egoísta

para los suyos. Mientras la Sociedad ve á alguno que nada, que se sostiene encima del agua, todo va bien; desde que se ha zambullido, se acabó.... Segun os lo he explicado, no se mira en manera alguna á los medios que una familia *high life* puede emplear para conservar su rumbo de casa, sus criados, sus carruajes; se ponen á su servicio todos los medios de accion de la colectividad mundana; si la casa deja comprender, con media palabra, que pueda serle útil, se invitará á un salon, poco accesible, al más despreciable de los ladrones judíos, á un negrero, á un antiguo dueño de casa de prostitutas en el extranjero que haya realizado una gran fortuna.

Luego que la familia ha sucumbido á los piés de la fortuna ya no se la conoce, ni siquiera se la recibe más. El hombre y la mujer se convierten en séres funestos, evocan malhadadas imágenes de tristeza y ruina. La primera mujer del baron de Erlanger, después de haber sido una de las triunfantes de París, habíase visto reducida á hacerse algo parecido á tratante en lienzo, y aunque estaba emparentada con grandes mundanas, no podia ni aun llegar á ver á sus antiguas amigas por la mañana.

Este egoismo, además, es una necesidad hasta de existencia para todos los que ocupan importantes puestos en la alta sociedad.

Pensad que hay mujeres que empuñan el cetro de la elegancia desde el comienzo del segundo Imperio y figuráos cuán cansados estaríais si tuviérais el cetro de la elegancia desde tanto tiempo.

Imaginad cuánta diplomacia, habilidad y atencion han debido desplegar esas mujeres, algunas sin gran fortuna, para guiar su barco de velas de seda, lo que habrán ellas visto, pasado y aceptado. Séres que, en medio de las fatigas y trabajos da la representacion mundana, sintieran el re-

chazo de todos los acontecimientos y de todas las preocupaciones actuales, tendrían patriotismo, fe, dignidad, sensibilidad, disgustos, indignaciones, sacrificios, no vivieran diez años esta vida. Los verdaderos mundanos pertenecen á una clase especial como los políticos; nada les afecta, nada les apasiona. Todo para ellos es sencillo espectáculo, un espectáculo que miran, pero en el cual no se interesan sino para sí propios....

Esta impasibilidad en el egoismo, que descansa por el contraste á los calenturientos y á los inquietos, es, en mi concepto, la única explicacion del vivísimo encanto que ofrece el trato momentáneo de las personas del mundo; es el único rasgo que las distingue de los demás, porque, esto aparte, nada tienen de particular; son bastante distinguidos comunmente, pero distan de tener buenas maneras. Para con mujeres de su sociedad tienen un tono de familiaridad, un aire de franqueza que es de muy mal gusto; no saludan respetuosamente sino á las baronesas judías, cuando piensan pedir dinero prestado al marido.

Diciendo esto se excita la indignacion de los periódicos del *high life*, pero es la exacta verdad.

Evocad á un señor de la corte de Luis XIV, tomadle por juez, rogadle que mire como José Prudhomme y un gentleman actual hablan á una mujer, y vereis su opinion.

—Señora condesa, dirá Prudhomme, tengo la honra de presentaros mis homenajes; ¿espero que vuestra salud sigue bien?

—Buenos dias, dirá el gentleman, con aire desapegado, á veces con un pequeño gesto de la mano, ¿cómo está?

En el fondo, el pobre Prudhomme representa las grandes tradiciones.

Debe añadirse tambien que la falta de toda seriedad afec-

tada, siempre en las personas del mundo auténticas y no entre los judíos, es el lado bueno de ese género algo despechugado. Preseindiendo de algunos imbéciles que remedan á los ingleses, los hombres son lisos y llanos, sencillos y francamente joviales; las mujeres más encopetadas no son ni bachilleras, ni neciamente pedantescas; continúan siendo muy francas en sus maneras.

Solo una cosa debe evitarse con cuidado en el mundo, y lo digo para los jóvenes deseosos de figurar en los salones. Se os perdonaría en rigor que mojáis el pan en la salsa del plato; es preferible abstenerse de hacerlo, pero al fin dirían: «Es un hombre muy amigo de la salsa.» En cambio, no se os antoje hablar jamás de los «deberes sociales de las clases directoras.» Al decirlo veríais un movimiento de hombros en son de protesta muda. Todos los convidados pensarían á la vez lo mismo: «Este es un caballero que debe evitarse con cuidado;» sin abrirse ninguna boca, todas mimearían el mismo monosilabo: ¡*Chit!*

Esta materia es quizás la única que ataca realmente los nervios de las personas del mundo.

Ya he dicho que los sentimientos religiosos son reales en la Aristocracia, pero también son de un orden particular. Sin duda que la claridad de la Iglesia no es todavía para las clases superiores de Francia lo que es la Iglesia anglicana, según Carlyle, para los protestantes de Inglaterra: «Una luz eclesiástica que se desploma pendiente de sus antiguas ataduras vacilantes, pretendiendo ser una luna ó un sol aunque visiblemente no sea más que una linterna chinesca compuesta sobre todo de papel con un cabo de vela que muere toscamente en su agujero.»

A pesar de todo, esta claridad alumbró poco esas inteligencias y calentó inmediatamente esas almas indiferentes á todo lo que no es el deleite inmediato.

Las gentes del mundo son más bien prácticas que verdaderamente piadosas. En su religión ocupan el puesto principal la parte del culto, la observancia, el respeto de los ritos. Personas que viven ostensiblemente fuera de todas las leyes de la Iglesia, continúan observando todas sus prescripciones. Sé perfectamente que en el fondo están en lo cierto hasta determinado punto. Es el raciocinio del italia que os dirá: «No tengo razón siendo adúltero y gimo por mi debilidad, pero no veo ninguna necesidad, porque cometa un pecado tomando la mujer de mi prójimo, de cometer otro comiendo carne en viernes.»

En el fondo, al cristianismo francés, formado de rectitud y lógica al mismo tiempo que de fé, le cuesta trabajo doblegarse á estos compromisos de conciencia. Parece muy natural que un hombre llevado por violenta pasión, se aparte enteramente de la Iglesia. En ciertas horas de turbación é ira no se tiene la idea de orar; en otros momentos, al contrario, en una iglesia como en campo abierto, en el centro del París tumultuoso, el alma contenta de sí misma parece volar hacia el infinito, gustar indecible alegría en unirse con su Criador, en sentir que está en comunicación con él. Esto es una impresión desarreglada: todos los teólogos os dirán que la oración, hasta cuando es solo un acto maquinalmente realizado y que el corazón no puede asociarsele, es saludable y fecunda también.

El mundo á la verdad está lleno de deferencia hacia la Iglesia, pero con la condición de que la Iglesia no moleste el placer que sobresale á todo, que se antepone á todo. «El ilustre arzobispo, el venerable pastor...» Pero si el pastor piensa condenar las exhibiciones indecentes de ciertas fiestas de Caridad, nadie se fijará en lo que dice y las ovejas bailarán alegremente como niños alrededor de su pastor.

Observad que esas personas no protestarán jamás, ni dis-

cutirán nunca; siguen en sus trece y nada más. El periódico que hace autoridad para los católicos patricios no es el *Univers*, que tantas veces ha levantado su voz contra ciertos escándalos que se abrigan detrás de una supuesta Caridad, sino el periódico de Meyer, el *Gaulois*.

Hasta me asombra que á costa de tantos esfuerzos, poniendo los Jesuitas al servicio de su obra, al mismo tiempo que tan heroica abnegacion, tan maravillosa inteligencia, no hayan podido obtener más de las jóvenes generaciones que pasaron por sus manos.

Estas ideas se me ocurrían á menudo yendo por los caminos del Kent, cuando yo vivía en Canterbury. Aquellos caminitos ingleses, conservados como paseos de parque, tienen particular pintoresco y uno se detiene á veces como soñando delante de aquellas quintas cuyas ventanas de mánusclos cuadrados están adornadas con la inevitable mace-ta degeranio. Todavía veo en el sitio donde estaba un indigena cuyo rostro nunca ví. Vuelto de espaldas al camino, apoyado, cruzado de brazos, en la cerca de madera que cerraba su jardincito, estaba allí, en contemplacion delante de su quinta; siempre le encontré en el mismo sitio y en igual posicion. Imaginé que seria algun viajero que habria dado cinco ó seis veces la vuelta al mundo y que descansaba al fin.....

Fuera de esto, ningun país es más propio para el reposo, y en ciertos momentos aquella atmósfera inglesa, que dicen ser tan desagradable y malsana, tiene no sé qué de penetrante y lánguida que no carece de atractivo. El paisaje parece más romántico que en Francia. Cuando uno ha admirado por largo tiempo las torres de la catedral de santo Tomás Becket, que se destacan, imponentes, sobre el horizonte, descúbrense, al volverse hácia otro lado, un rincon de país de fisonomía totalmente diferente, habitaciones muy

limpias, enteramente modernas, y, á pocos pasos, un arenal cerca de un puente que, á la luz de la luna naciente ó por un cielo de otoño, alimonado y ágrio de tono, como se le encuentra á menudo allí, toma fantástico aspecto.

Pensaba en los maestros de aquel colegio del destierro, en aquellos hombres selectos que renunciaron á todo para consagrarse á la educacion de la juventud. Hay allí individualidades verdaderamente sorprendentes para nosotros, hombres de treinta años, en pleno desarrollo de una inteligencia notable, que se privan hasta del placer de leer libros que les interesarian, ocuparse en cuestiones que les atraen, para servir de peones á niños, que duermen con ellos en los mismos dormitorios, que, nacidos ricos, se sujetan á las más áridas tareas, á las más repugnantes, las más insulsas.

Siéntese uno tentado á decir: ¿para qué sirve esto? Fuera de los oficiales que honrarán á sus maestros, los jóvenes, cuya educacion habrá costado tanto trabajo, dirigirán el cotillon en los bailes dados por algun judío enriquecido con especulaciones podridas y desvergonzados golpes de Bolsa.

Nada puede en esto el Jesuita, y, en el fondo, el estado social tal cual es no le parece quizás tan odioso como á nosotros mismos. Cada órden tiene una efigie particular al mismo tiempo que una mision distinta. Llegaron los Jesuitas cuando la Edad media habia terminado y no conocieron el admirable órden cristiano en que descansaba la sociedad del Pasado; han sido los hombres de un estado social nuevo; han modelado y formado á su imágen el gran siglo XVII que fué su siglo, y todas sus ideas se resienten todavia de aquella época. Su concepcion de la vida general es un arreglo mútuo donde todo se arreglaria merced á su abnegacion propia, á su conocimiento del corazon humano, á un lazo recíproco. No ven muy claramente la necesidad de instituciones sociales que aseguren el trabajo contra la explotacion

del Capital; si tuvieran influencia, todo iría bien, como iba en el Paraguay del que habían hecho un Paraíso terrenal sin organización fija, sin sistema determinado, únicamente porque siendo excelentes personas lo conciliaban todo desde que podían obrar á su antojo.

Los judíos detestan á los Jesuitas porque son por su organización el más seguro baluarte de la Iglesia, pero los Jesuitas no tienen para los judíos la aversión que sienten hacia las órdenes que estuvieron mezcladas con la vida de la Edad Media. Además, y esta es la nota dominante de su tipo, los Jesuitas tan rudos para sí mismos, tan indiferentes para las alegrías humanas son esencialmente sociables; tienen en cuenta todo lo que tiene una categoría en la Sociedad, sin ocuparse gran cosa en el modo con que se adquirió; seguros de sí mismos, tienen el optimismo algo desdenoso de los seres de grande virtud y no piden imposibles.

Es indudable que un hombre que tiene el carácter tan sólidamente templado para ser Jesuita no se habría casado, aun cuando se hubiese quedado en el siglo, con la hija de un usurero judío, pero no encuentra malo que un alumno de los Jesuitas contraiga tal matrimonio. El Jesuita conoce á fondo al alumno; sabe la futilidad de las naturalezas, su necesidad de lujo; comprende que el pobre diablo, luego que se haya comido su patrimonio, no tiene talla para hacerse un puesto en la vida, y se dice: «Una vez sea rico, sostendrá su puesto en el mundo, tendrá excelente boato de casa, hará buenas obras; despues de todo, es otro tanto tomado al enemigo; porque si se cuenta con los gobiernos modernos para hacer que Israel reintegre lo robado, es contar sin la huésped.»

Esto os explica que la introducción del Judío en la Sociedad francesa no haya encontrado muy serios obstáculos de

parte del Jesuita cuya acción es sin embargo grande sobre la alta Aristocracia.

Los Jesuitas con su influencia, los escritores cristianos con su elocuencia, los escritores radicales con su insolencia nada pueden contra la irresistible fuerza que empuja á las clases privilegiadas á destruirse á sí mismas.

La Aristocracia, desterada, desarraigada por la Revolución, no ha podido afirmarse en el suelo de Francia; ha quedado reducida á planta de invernadero. En el mismo instante de la Revolución, no tuvo ninguna idea de sus verdaderos intereses: en lugar de asirse al terror francés, creyó en una especie de Francmasonería de la sangre azul; se confió á la Aristocracia europea que la manteó, se burló de ella y la engañó. Todavía ahora obra de la misma manera; es víctima de una ceguera semejante: espera para protegerla en una especie de Francmasonería de los intereses, de los placeres, del dinero; no piensa en imitar á los nobles Rumanos, los Gerghel, los Cortazzi, los Butenlesco, que se ponen al frente de un movimiento nacional contra los judíos, que gastan cantidades enormes para excitar todavía á los aldeanos contra ellos.

Muy al contrario, en lugar de hacer causa comun con los pequeños propietarios arruinados, los pequeños fabricantes vueltos al estado de asalariados y que constituirán muy pronto el más temible batallón del ejército socialista, la Aristocracia se identifica de cada vez más con la Judería, la Alta Banca, los grandes explotadores; se aleja de cada vez más de los trabajadores, de los franceses indígenas, cuyo fondo de ideas de igual origen, igual concepción de cierto ideal en la vida debieran aproximarle; sólo pretexto de que todos los escudos son hermanos, se solidariza con los enemigos del país. Durante la Revolución el corazón de la

Aristocracia no estaba con los aldeanos heróicos que luchaban en Vendée, estaba con Coblentz;—ahora está con Francfort...—Francfort; no le saldrá mejor que Coblentz.

Forneron, en su *Historia de los emigrados*, refiere una anécdota muy característica.

Perseguidas en todas partes, extenuadas, sin recursos, las más grandes damas de Francia fueron á varar, que digamos, en un minúsculo principado de Alemania.

Al tener noticia la margrave de aquel punto de la presencia de aquellas emigradas, manifestó la intencion de dar un baile en honra de ellas.

¡Un baile! ¡qué sorpresa y qué alegría! Remendando sus pobres trajes, dispusieron las fugitivas de Versalles para ir alegremente á casa de la margrave...

El chambelan de la Alteza en miniatura fué gravemente á ponerse de acuerdo con los invitados y las invitadas á fin de indicarles la etiqueta. Al entrar, debian las damas besar la mano de la Serenísima.

¡Besar la mano de una margrave ridícula que reinaba á pocas leguas del país! Para comprender el estupor que causó esta proposicion impertinente, es preciso trasladarse á los años que precedieron á la Revolucion, pensar en la opinion que tenia de sí misma aquella aristocracia que se creía, y no sin razon, la primera de Europa. En Versalles no se besaba la mano de la reina de Francia: en el momento en que, despues de las tres reverencias, se inclinaba la dama presentada para besar la mano, la reina levantaba amablemente á la dama inclinada y hacia una reverencia á su vez...

Quedaron rotas las negociaciones y decidióse unánimemente que la gruesa mano colorada de margrave no seria besada por la flor de los guisantes de Trianon.

La margrave habia fijado aquella idea en su cabeza tudesca, y sabido es que al meterse una idea en semejantes cabezas, no sale de ellas fácilmente. «¡Sea! dijo ella, no hay besamano, no hay baile!» Y el chambelan, con su llave en la espalda, fué á notificar este ultimatum.

Al cabo de ocho dias, capitulaba la nobleza de Francia, y, para tener el baile, besaba la mano de la margrave.

Esta historia de ayer será la de mañana. Proscritos, nuestros grandes señores y nuestras grandes damas besarán la mano de algun judio enriquecido que tendrá la plica, la sarna y la roña; ¡qué digo! se la besan ya, aquí, mientras están todavía en tierra de Francia.....

